

*Dios, ¿nos ha abandonado?*¹

Dieciséis autores aportan sus reflexiones a este volumen. Aportaciones plenas de erudición sugerente, de argumentaciones rigurosas, de propuestas medulares. Sus páginas me han hecho disfrutar como lector y me han llamado la atención sobre diversas facetas, no siempre atendidas, de tema tan complejo —iba a sugerir *endiablado*, pero me limito por obvias razones. Es difícil añadir algo a las multifacéticas miradas que en el libro se esbozan.

Sin embargo, quizás no sea demasiado pretencioso compartir algunos de los puntos que encontré más sugerentes, sin detenerme ahora en las objeciones que presentaría a aspectos y enfoques incluidos en estos interesantes trabajos.

Desde su perspectiva sociológica, Francois Hotart destacó ya la autoimplicación del discurso religioso y propone prolongar investigaciones en la línea del descubrimiento de Maurice Godeller. Éste mostró que la dominación está siempre ligada con la organización de las relaciones de producción.

¹ Reseña al libro de Verónica Correa Meléndez, Elisa Mora Ledesma, Jesús Óscar Perea García y Francisco Piñón (eds.), *Concepto y problema de Dios: Una reflexión filosófica*, México, Centro de Estudios Sociales Antonio Gramsci/ Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/ Plaza y Valdés, 2001, 241 p.

Pasaré a los autores y las propuestas recopiladas en el texto que ahora me ocupa. Bruno Gelati expone con cuidado la distinción entre fe y sentido religioso. Queda en condiciones así de subrayar el desafío inmenso que provoca la gran pretensión de la religión cristiana de ser el único camino.

Gustavo Leyva presenta con todo rigor la teología inversa de Walter Benjamin —aquella que, según Theodor Adorno, salva la teología en virtud de su secularización— y llama la atención sobre los iluminados profanos, los que mantienen el misterio en una sociedad casi sin pliegues.

Al reconocer, junto con la tradición, la perspectiva de estudiar desde el hombre la cuestión de Dios, Francisco Piñón subraya la fuerza del creacionismo en la paradójica secularidad bíblica del cristianismo.

Mauricio Beuchot esgrime un lenguaje analógico acerca de Dios, con el cual intenta articular el decir y el mostrar, mal que le pese a Wittgenstein, sin arredrarse ante el balbucear que no le teme a la desproporción.

Contra el modelo de Larry Laudan, Armando Cántora insiste en que amar a Dios es una aspiración racional.

Sin concesiones, Alejandro Tomasini Bassols, exhibe la ininteligibilidad e incoherencia del concepto occidental de divinidad, que puede imponerse a la razón sólo con violencia. Por ello, el Dios

del amor anega en sangre a quienes se le oponen. Ahora, el individuo exacerbado pretende ocupar el espacio que su ausencia, por inservible, diseñaría nuestra cultura.

Jorge Velázquez Delgado delinea con todo cuidado la teología sutil de Marsilio Ficino en pro de la dignificación del ser humano, sin dejar de anotar que finalmente el amor adelanta la muerte como condición de unión, fusión con la divinidad.

La crítica de Feuerbach, culminada en Marx, constituye para Enrique Dussel una auténtica y valiosa prope-
deútica para el reconocimiento de la alteridad. Reivindica a Marx, acompañándolo en la negación de la religión idólatra del sistema, pero se aparta de él en la medida en que Marx negaría todo sentido liberador a lo mítico y simbólico.

Con todo detalle, Dulce María Granja examina la crítica kantiana al argumento ontológico y nos recuerda que, según Kant, no hay que identificar a la categoría de existencia con una cualidad, al tiempo que se debe evitar la ilusión dialéctica de confundir una idea trascendental con una idea trascendente.

Luis Ramos reivindica con fuerza la experiencia y el lenguaje de la fe, siempre que ésta no se convierta en opio religioso, en la medida en que permite, más allá de los *cómo* de la ciencia, plantear desde la revelación, los

por qué y *para qué* de la realidad, a la búsqueda de sentido y orientación indispensables para la vida humana.

A partir del acabamiento de la filosofía planteado por Heidegger, Jesús Óscar Perea García nos conduce, a través de un paso atrás, al más acá de la dimensión *onto-teo-lógica* del pensar. En tanto el Dios de la filosofía como el Dios de occidente sean negados, se hace posible la apertura de un ámbito poético de retorno al hogar (¿o al nido?).

Desde la tradición negroafricana y sin renunciar a la doble función de fundamento y condición de posibilidad, Alber Kasanda reivindica un Dios siempre cariñoso como estrategia para (sobre) vivir. No excluye variantes politeístas, siempre en un esfuerzo por pensar desde África misma.

En un intento por comparar las concepciones de Aristóteles y Whitehead, Fernando Sancén Contreras trae a la memoria la filosofía del organismo y su Dios inspirador, el cual tiene siempre por encima la creatividad.

Con el asentimiento y hasta sumisión que provoca la evidencia gramatical, Hans Saettele organiza desde la voz imperativa reflexiones psicoanalíticas estimulantes y muy matizadas, las cuales, no sin precaución, me atrevería a resumir con la frase que él mismo cita de Lacan: “Dios nunca ha sido el padre más que en la mitología del hijo, es decir, la mitología de la orden que manda

amarlo, a él, al padre, y de ahí surge el drama de la pasión que nos muestra que hay una resurrección más allá de la muerte”.

En el marco de la pregunta por el sentido contra el absurdo, Luis Villoro constata la profanación de lo sagrado por parte del pensamiento religioso, al personalizar, mundanizándolo, a Dios. También alerta contra la perversión de un pensamiento religioso productor de aberraciones, cuando invade el ámbito de la causalidad reservado al esfuerzo explicativo de la ciencia. Se trataría, en suma, de doblegar la voluntad ante el misterio y del desapego a nuestro yo para permitir la afirmación de lo otro, del todo, para ejercer el amor.

Trabajos densos todos, movilizados de la propia reflexión. El libro merece ser leído con cuidado, en apertura de espíritu y de mente. Después de esa lectura muchas dudas y líneas de meditación me invaden. Permítanme exponer sucintamente algunas.

A veces me parece que Dios y la Humanidad (si se puede hablar de *Uno*, también y quizás por los mismos considerandos, se pueda hablar de *Otra*) se relacionan como las típicas parejas neuróticas. La presencia mutua les es insoportable y la ausencia correlativas parece como intolerante. No pueden vivir juntos y tampoco separados. El problema de Dios (y hasta de los dioses) se presenta así como el problema de

los seres humanos que tienen fe o carecen de ella, que otorgan o ansían un sentido para la vida, que se afanan en sus ansiedades y angustias, a quienes les repugna o enorgullece la condición humana misma. Lo que se detecta al examinar estos afanes consuetudinarios es una energía que va más allá, siempre *plus ultra* y que manifiesta desde lo más ruin a lo más sublime de lo humano. Es muy difícil no constatar la divinización reiterada de proyecciones atribuidas a una presunta divinidad.

Y el tema es de lamentabilísima actualidad. ¡Qué clase de fe y/o de religiones son esas que pueden permitirse un discurso explícito de caridad, brindar la otra mejilla, amor al prójimo, etcétera, y al mismo tiempo, trabajan expresa y explícitamente por las represalias, la venganza, la revancha, el *ojo por ojo*, en un maniqueísmo de un cinismo casi inverosímil! Se sale de golpearse el pecho en el templo para gritar a los cuatro vientos bravuconerías y amenazas.

¿Será que es contrasentido hablar de guerras santas o que ese accionar esquizoide es normal en tiempos yermos? ¿Qué dioses son esos que apuntalan la violencia como la senda más perfecta y hasta única transitable? ¿O, quizás, hace falta de Dios para cometer la irreversible maldad de matar a otros con menos cargo de conciencia o lisa y llanamente libres de cargo?

Quizás lo que se eche de menos en todo esfuerzo racional sea la consideración atenta de los dioses de la resistencia de las grandes mayorías de la humanidad.

Es difícil dejar de consignar que la cuestión social parece atravesar la lucha de dioses, en una extensión muy propia de la constatación enfatizada por la *teología de la liberación*, en cuanto a que la lucha de clases atraviesa las iglesias. Finalmente, a estar por la participación femenina en este volumen, no parece que la perspectiva de las mujeres afecte demasiado al tratamiento de este tema. Por eso cabe anotar que la figura paterna de Dios ha sido severamente puesta en cuestión por todas las manifestaciones recientes de la teología feminista.

En suma, el concepto de Dios crea problemas con el ejercicio del poder. Así ha sido y parece que seguirá siendo

mientras haya historia. En tiempos pseudoapocalípticos como los que padecemos, conviene recordar el ejemplo dignificador de Dinamarca. Cuando la invasión nazi, ante la orden de que los judíos debían salir a la calle con la estrella de David bien visible, el rey se paseó en bicicleta con la estrella y con él, la mayoría de la población hizo lo propio. En todo caso, si pertenecer a los aliados pudo ser motivo de honra en la Segunda Guerra Mundial, hoy no está tan claro y, por dignidad y hasta coherencia religiosa, quizás nos sea exigido declararnos todos como si fuéramos árabes, afganos y, hasta en el límite, talibanes.

Horacio Cerutti Guldberg
Centro Coordinador y Difusor de
Estudios Latinoamericanos,
Universidad Nacional
Autónoma de México